

que puedan limitarla; 7º, Pueden tenerse diferentes opiniones acerca de los misterios mas sublimes de la fe*.

Resulta, pues, que los frutos que naturalmente produce el Protestantismo en el orden religioso son: el racionalismo, el deísmo, la destruccion de todo lo sobrenatural, y, por lo tanto, del Cristianismo. De él procede la indiferencia religiosa: de él trae origen el ateísmo, que es el término práctico de sus doctrinas.

Y efectivamente, esta indiferencia religiosa es la que hoy domina en la sociedad, merced al apoyo que encuentra en los gobernantes, y abre fácil y breve camino al ateísmo, arrancando de los corazones toda raíz de sentimiento religioso. Tales son los ponzoñosos frutos que produce la funesta planta del Protestantismo.

* *Extraits de la declaration du Conseil eclesiastique protestant du Grand-Duché de Bade.—La Verité, 15 de Noviembre de 1864.*

§ III

El segundo efecto del Protestantismo es la licencia y el libertinaje en el orden moral.

No menos nocivos son los frutos que produce esta planta en el orden moral. Que el Protestantismo, con sus principios fundamentales, conduce á la inmoralidad, no necesitamos probarlo despues de lo que dejamos dicho en el Cap. II. Sin embargo, como alguno podrá dudar de que tales frutos nazcan realmente del Protestantismo, procuraremos disipar esta duda valiéndonos de la historia y de la explícita confesion de los mismos autores protestantes.

Para proceder con orden, nos ocuparemos, en primer lugar, de la corrupcion de los que abrazaron la pretendida Reforma desde su principio: despues de la de aquellos que la han profesado, y, por último, de la que ha producido en el pueblo donde quiera que ha sido establecida.

Empezando por los primeros, ó sea por los que no tardaron en responder al llamamiento de los corifeos de la Reforma, no eran sino la mas vil canalla, habituada á toda clase de crímenes: gente incapaz de toda ley y esclava de las mas torpes pasiones. Eran, en su mayor parte, miembros de la Iglesia, á quien se hacia insoportable la santidad de la doctrina católica; hombres que habían desertado de sus puestos para entregarse á la incontinencia y á los mas desenfrenados apetitos; hombres que habian tenido la osadía de robar á las iglesias y conventos sus mas ricos ornamentos, y los relicarios de oro y de plata, para constituir con estas riquezas el dote de sus concubinas legales. Semejantes apóstatas, fueron los que con mayor fanatismo combatieron á la Iglesia, católica y trabajaron con mas celo por extender la apostasía.

Esto no es mas que un resumen de lo que nos enseña la historia. Acudamos á ella.

Apenas dió Lutero en Alemania el grito de rebelion, se le adhirieron algunos sacerdotes y monjes, que, siguiendo el ejemplo del gran reformador, se casaron públicamente. Fueron los primeros Jacobo Seidler, sacer-

dote de Glashutte, y Bartolomé Bernardo de Kemberg (1).

Predicando Gabriel Zwilling en el convento de agustinos de Wittemberg, atribuyó los votos de castidad á inspiracion satánica, y aseguró que era imposible entrar en el cielo con el hábito religioso (2). Sus oyentes, que se hallaban dispuestos favorablemente, se rindieron á sus *razones*, y concluido el discurso se apresuraron á despojarse de sus hábitos y á dejar el monasterio, uniéndose unos á los bullangueros estudiantes de la universidad, y retirándose otros á las aldeas, en donde se casaron y se dedicaron á las artes mecánicas (3). No contento el apóstata Gabriel con este paso, predicó contra la misa y excitó á la rebelion á los estudiantes que le oían.

Otro tanto hicieron el cura Munzer; el religioso Bucero, que se casó con una monja á quien habia seducido; Antonio Zirm, párroco de santo Tomás en Strasburgo; Mateo Zell, pastor tambien, por mas que su conduc-

(1) *Corpus Reformat.*, tomo I, pág. 418.

(2) *Ibid.*, pág. 459.

(3) Ranke, *Hist. del Papado*, tomo II, pág. 15, como se lee en Audin, etc. (pág. 82.)

ta fuese de verdadero lobo, y otros innumerables, en quien la carne prevalecia contra el espíritu (1).

No diferente era la condicion de los que se adhirieron á la Reforma de Ginebra. Luis Bernard fué el primero que se casó, despreciando sus votos y su carácter sacerdotal. Tomás Vandel, cura de san German y canónico de san Pedro, á pesar de hallarse anciano y muy enfermo, hasta el punto de que necesitaba de uno que le sostuviera, tomó tambien su mujer (2).

Pero será mejor que dejemos hablar á Froment, historiador protestante, el cual escribia de los que en su tiempo se refugiaban en la nueva Roma de los protestantes:

«Ha venido, dice, y no deja de llegar todos los dias, un gran número de religiosos hipócritas, que seducen á las pobres muchachas con promesas de matrimonio, para abandonarlas al poco tiempo juntamente con sus hijos. Los unos, en vez del Evangelio, se procuran una mujer, y mientras que duran

(1) Audin, *Hist. de la vida de Lutero*.

(2) Magnin, *Hist. del establecimiento de la Reforma en Ginebra*, cap. VII.

«los cálices y relicarios que han robado, llevan con ella una vida alegre, pasando por hombres de las mas distinguidas familias, y disimulando su carácter de sacerdotes ó de religiosos. Mas luego, despues que se han abandonado á toda clase de vicios, desaparecen, dejando á la mujer y á los hijos á cargo de los hospitales.»

«Otros llevan consigo sus concubinas, haciéndolas pasar por esposas legítimas, y despues de derrochar todo cuanto tenian, las dejan tambien, huyendo secretamente.»

«Hay otros muchos, que procediendo de las mismas órdenes religiosas, se ponen de acuerdo entre si para ocultar su condicion de frailes con mútua circunspeccion; y éstos han dado graves escándalos y ocasionado violentas divisiones en la Reforma.»

«Hay otros, por último, mas astutos y maliciosos, que han arruinado con sus engaños á muchas familias honradas, y no obstante, todo lo consideran lícito á nombre del Evangelio.»

«De aquí el que Ginebra haya sido inculpada, sin razon de ser el refugio de todos los malvados, porque los ladrones, falsifica-

«dores de moneda, homicidas, herejes y hechiceros se consideran seguros en ella (1).»

En eso no se diferenciaba Ginebra de las ciudades reformadas de Alemania, en que se refugiaban sacerdotes casados y religiosos escapados de sus conventos.

«Allí, escribía Erasmo, no se hace otra cosa que bailar, comer y divertirse. ¡Adios estudio, instruccion, pureza de costumbres y recato! Donde quiera que se halle esta clase de gente, desaparece al punto todo espíritu de disciplina y piedad (1).»

Otro tanto sucede en lo restante de Suiza, en Holanda, en Francia y do quiera que se ha establecido el Protestantismo.

Todos estos sacerdotes y religiosos apóstatas se lanzaron á la Reforma porque en ella encontraban el medio de satisfacer sus impuros deseos, como sucedió á Jacobo Bernard, segun refiere Calvino.

Hé aquí cómo este reformador hace el retrato del referido Bernard, que antes de apostatar fué guardian del convento de Riva y

(1) *Des actes et gestes merveilleuses de la cite de Genève*, capítulo XVI.

(2) *Epist. Erasmi*, lib. XX, pág. 17

adversario de la Reforma, si bien de un corazón corrompido y de costumbres licenciosas como suelen ser todos los que van en busca de un nuevo Evangelio: «*Guardianus franciscanorum cum esset inter Evangelii exordia, hostiliter semper repugnavit, donec Christum aliquando in uxoris forma contemplatus est, quam simul adque habuit secum modis omnibus corripit. In ipso monacatu vixerat impudicissime et impurissime..... Ex quo nomen dedit Evangelio, ita se gessit ut omnibus appareret pectus Dei timore atque adeo religione omni prorsus vanum**».

Con eso, solo con eso, quedaban profundamente persuadidos de la verdad del nuevo Evangelio. De lo cual tenemos una repetición lastimosa en que los pocos apóstatas que, arrastrados por el torbellino de las pasiones políticas, han desertado en nuestros días de la fe católica.

¿Qué diré ahora de las otras personas que abrazaron la nueva doctrina del Protestantismo? Cuán torpe era su doctrina, quiero que nos lo digan ellos mismos. Estos prime-

* Calvin. Bullingero, 10 de Junio de 1538.

ros reformadores no tienen en sus labios otra palabra mas favorita que el *Evangelio*; pero en la práctica son verdaderos antagonistas de este mismo Evangelio que aparentaban tener en tanta estima.

Oigámoslo de un autor contemporáneo, que, seducido por el encanto de esta hermosa palabra, se dejó arrastrar al engaño, el cual abandonó sin tornar al Catolicismo:

«El Evangelio, escribe Jorge Wizel, se lee en todas partes: el artesano, la mujer, el niño, todos disputan sobre quién lo sabe mejor; se hace gala de ello como de ninguna otra cosa, se graba en los metales, se estampa en las alfombras, en los tapetes y en las ropas de vestir; no se llega á una parte en la que no se lea la palabra de Dios; y, sin embargo, hablando en verdad, NI SE CREE ESTA PALABRA NI SE PRACTICA*.»

La misma observacion hacia Erasmo: «Todos, decia, tienen á toda hora en sus labios estas palabras sacramentales: *Evangelio, palabra santa, Dios, fe, Cristo, Espíritu Santo*; y, sin embargo, yo veo que por la mayor parte se observa una conducta que

* Luther., cap. I. pág. 260, b.

«hace dudar gravemente si estaremos poseídos del demonio (1).»

Ni podia esperarse otra cosa de los que profesaban una doctrina que destruia hasta la conciencia de pecado. Tal es la consideracion que hacia á sus correligionarios el citado Wizel. «Hé aquí, les decia, lo que habeis conseguido con vuestras *consoladoras enseñanzas*. Habeis sumergido á las almas en el letargo, *habeis destruido la conciencia*. Hay muchos entre nosotros que se rien cuando se les habla de conciencia. ¿Qué nos venís ahora con la conciencia? exclaman. ¿No somos todos pecadores?

«Y á qué fin, dicen tambien otros, me hablais del pecado? ¿Acaso Jesucristo no lo ha cancelado con su sangre sobre la cruz? El tiene buenas espaldas, y cargará con lo malo que yo haga: no debo yo cuidarme de tal cosa; el reino de Cristo consiste en perdonar los pecados, como el nuestro en cometerlos (2).»

«Se predicaba, dice Augusto Nicolás, y se profesaba tan generalmente esta doctrina,

(1) Epist., pág. 596.

(2) Confut. Colum. Resp., epist. VI, cap. III, a.

que se proponia en estampas, en las cuales se representaba á Jesucristo cargado de grandes costales de pecados; y mientras que se quemaban y destruian las obras maestras de la escultura y de la pintura católicas, que elevaban el espíritu y lo conducian á la piedad, se sustituian á esta llamada *idolatría* groseras, deformes é indecentes imágenes de paganos, turcos, sultanas, bajás, bailes y pinturas lascivas.

Tal era el comentario del nuevo Evangelio, cuyo texto se veia por todas partes mezclando con estas representaciones profanas*, como lo atestigua Wizel, autor contemporáneo del *Catecismo eclesiástico* publicado en Leipzig el año de 1535.

§ IV

Terminantes confesiones de los jefes y fautores de la Reforma relativas á estos efectos.

Despues de lo expuesto, solo nos resta aducir algunos testimonios que confirmen mas y mas los frutos que de semejante doctrina ha

* *Del Protestant. e di tutte le eresie*, t II, p. 222.

recogido el pueblo reformado por el Protestantismo, contentándonos con citar los mas notables de los muchos que aduce Dœllinger en el *Desarrollo interior de la Reforma*, tomados de los textos originales y de los manuscritos de las bibliotecas protestantes, registrados con gran diligencia por él mismo.

Entre otros escritores, Egran, amigo de Lutero, exclamaba lleno de horror: «¡Ved los resultados que ha producido la Reforma! Ahí está la historia para enseñarnos que en los ocho siglos que lleva Alemania de ser cristiana, no se ha visto en ella una perversidad comparable á la que, por confesion de todos, reina en nuestros dias*.»

«¡Quereis, decia Belzio, otro de los contemporáneos adictos á la Reforma en reconocimiento del divorcio que se le habia concedido, quereis ver reunida en un mismo lugar toda una poblacion de salvajes é impíos, entre los cuales está, por decirlo así, en toda su plenitud el género de iniquidades? Pues id á cualquiera de nuestras ciudades luteranas, en que se encuentran nuestros mas famosos predicadores, y donde se anuncia el santo

* Luther., cap. 1, G. 3, d.